



## COMISIÓN 1

### Tecnicatura en Comunicación Pública y Política

#### Índice

1. La patria me necesita. Nazarena Barbagalo
2. Destino manifiesto. Valentín Cueto Aquilia
3. Oprimidas. Luciano González
4. ¿Sueño o realidad? Miriam Kirilenko
5. Observo lo que nadie puede contemplar. Delfina Llanos
6. Caja sin tiempo. Irina López
7. Yanina. Tomás Martins
8. El plato de la fortuna. SelenaMartínez
9. Conserjería para ser mejores. Micaela Moreno
10. Crónica de un golpe anunciado. Larisa Orellano
11. La vida es ella. Macarena Roselli
12. La invasión. Pablo Sarmiento
13. Los gritos hacia adentro no se escuchan. Ana Sorcillo

## **La patria me necesita**

Nazarena Barbagalo

Un lunes nublado, Blas decidió contarle a su madre sobre el acto de valentía que tendrá, pero que dolerá.

—Mamá, vení que te quiero comentar mi decisión-dijo Blas, sentado en la mesa muy serio.

—Hijo estoy limpiando, no me hagas perder el tiempo-se sienta y lo mira a los ojos.

—Entiendo que te dolerá, pero quiero que me entiendas a mí, que iré por la patria, por la bandera de mi territorio y también voy por vos-se le caen las lágrimas. —Este país nos está dando oportunidades para que podamos vivir. Veo la obligación de ir a defender esta bandera y también tu futuro. En cada momento recordaré tus palabras, tu rostro y tu piel.

—Blas, sos joven pero muy inteligente y entendés lo que es bueno y malo. Me duele mucho tu decisión, sabiendo que sos lo único que tengo, mi único hijo—quebró la voz y cayó una cortina de lágrimas.

—Mami, te prometo que volveré para cuidarte- dijo Blas, convencido.

Al día siguiente, Blas se levantó temprano y comenzó a preparar el bolso que lo acompañaría en su partida.

—Blas, ¿llevás medias?

—Sí, me llevo todos los pares.

—No te olvides tu peluche, no vas a poder dormir.

—Má, voy a una guerra. No voy a la casa de mi amigo- dijo enojado.

Al terminar de preparar su bolso, se despidió de la madre con un beso en la frente y prometió regresar. Recogió su bolso de partido y comenzó a caminar los cinco kilómetros para llegar a la parada del colectivo.

## **Destino manifiesto**

Valentín Cueto Aquilia

Victoria era arrastrada de la mano del fantasma, quien, paso a paso, iba recobrando la vitalidad en el cuerpo. Entre sombras y luces, ella podía ver en destellos fugaces cómo el cabello del fantasma iba tomando color y la piel putrefacta se convertía en

la vigorosa de un hombre adulto. La mano, que estaba fría, empezaba a sudar y podía notar un manto de pelo sobre el brazo. Era cada vez más Simón y menos fantasma.

Al entrar a la cámara ambos cuerpos estaban acelerados. La joven muchacha veía ante sí a un hombre. La larga cabellera le llegaba hasta la cintura. Él se disponía a cortarla con un cuchillo. Estaba de espaldas y, aun, no podía ver su rostro. Sus ropas desgarradas, por primera vez, estaban mojadas por el sudor que había tardado tres siglos en brotar nuevamente.

Bajo los trapos en que había devenido su ropa, Virginia podía ver el cuerpo esbelto. Ante la espalda del fantasma, sus manos quedaban diminutas y sus dedos podían recorrer el espacio marcado por las cicatrices producto de las torturas que había vivido Simón en sus años de mortalidad.

Se acercó acariciando una marca en el cuello del hombre. Él se dio vuelta y descubrió su cara. Los ojos pardos se clavaron sobre la niña que, perpleja, lo miraba sin poder correr los ojos de ese cuerpo tan vivo que, de a poco, la abrazaba y la hundía en su pecho. Había entendido el sacrificio que tenía que hacer para poder salvar al fantasma.

Era este el mandato del destino manifiesto que la llevó hasta ese lugar, entregando su inocencia dulcemente. Al momento en que terminaba de desgarrar las ropas de Simón; este la llevaba hasta el que había sido su lecho de muerte. Ahora, este inhóspito lugar, volvía a tener el calor de dos cuerpos vivos abrazados como si solo esa hubiese sido la salida. Y estaba bien. Ella lo complacía para salvar su alma y era feliz de cumplir el mandato que le había tocado.

## **Oprimidas**

Luciano González

Lo sentí cuando vi esa mirada, me apuntaba a la cara con su dedo y me trataba de loca. Él, con el que había convivido once años; y al mismo compás de esto mis hermanas me tenían de los brazos metiendo algún que otro bofetón, los chicos adentro sintiendo lo mismo que yo. Parecía una pesadilla donde todas esas personas con las que había tomado un mate hacía unas horas atrás, me golpeaban

y querían “hacerme entrar en razón”. Se ve que querer separarse de alguien era cosa de locos en pleno siglo XXI.

Pudieron salir, los vi; no los dejaban acercarse. “Zafaron”, pensé. Y así fue hasta que, cargando los bolsos en el baúl, sentí un golpe en la cabeza. Lo hicieron con la puerta del mismo. Aturdida, logré subir, los chicos también. Yo pude irme, pero hay otras que no lo hacen a tiempo, y las matan, violan, golpean, humillan, destrozan el alma, también la de tus seres queridos y están con ese atrás, que te habla, te atormenta, te convierte en un bollito. Ese que sentí ahí: el miedo.

A lo largo de la extensa historia de la humanidad han demostrado algo: son opresores.

### **¿Sueño o realidad?**

Miriam Kirilenko

Virginia atravesó el salón buscando al ama de llaves de su madre, para remendar su vestido. Al entrar a la sala se encontró con el fantasma, lo vio triste y pensativo. Sintió un poco de temor, pero de todas maneras se acercó y en voz baja y temblorosa le preguntó qué estaba ocurriendo. De repente el fantasma le pidió que lo acompañe; ella podía ser el único ser, que por su fuerza virginal, su sensibilidad y comprensión le ayudara ahallar su muerte.

Ella aceptó y comenzó a recorrer el camino secreto para cumplir su deseo. Estaban juntos, sus miradas se entrecruzaban, se establecía un contacto a través de sus ojos distinto a todos los sentimientos antes percibidos. Hasta ayer era compasión, pero ahora, se convertía en atracción por el fantasma, una experiencia totalmente nueva. En su figura veía a un hombre, ese que jamás había conocido.

Él la miraba por su belleza y pureza de una quinceañera, deseaba tocar sus cabellos rubios, su cara, sus senos. Todo su cuerpo pequeño, atractivo, sensual y fresco. Una figura que no había visto nunca. Volvieron a mirarse intensamente, sus labios comenzaron a rozarse, las manos del fantasma recorrieron suavemente el contorno de la mujer.

Ella aceptó sin vacilar, jamás la tocaron de esa forma, no lo veía como alguien viejo y siniestro sino como un caballero dulce, tierno y exultante. Las caricias no cesaron, el calor subía a los rostros, se encendían y se acrecentaban las ansias de

prolongar el tiempo y los besos. Las horas transcurrieron rápidamente como cuando la pasión no tiene frenos ni límites.

El encanto duró hasta muy pasada la noche. Virginia tenía que volver a la realidad, el fantasma también.

## **Observo lo que nadie puede contemplar**

Delfina Llanos

La observaba. Siempre quería encasillar en una realidad que absorbe al mundo, que envuelve a las personas y que te hace ser algo que no sos.

La sigo observando, más bien, la contemplo. Hoy se siente cómoda con su vida, pero no comprende ciertas cuestiones, no entiende por qué su familia no actúa con ella como antes, por qué no se preocupan tanto. ¿Será que creció? Esa pregunta está permanentemente en su cabeza.

Empezó terapia, le hace bien pero ella decidió dejar de ir. Le hacía bien y lo sabe, pero siempre hace lo que le parece que está bien, escucha los consejos que le dan los que la rodean, los escucha pero en el momento no los usa. Quizás después, cuando ya sea tarde se va a acordar de esos consejos.

Siempre quiere estar impecable, con el pelo limpio y sobre todo, con la ropa que le gusta. Nunca sale de su casa sin estar como quiere, aunque vaya a comprar al almacén de la esquina. Quiere estar todo el tiempo conforme con ella misma y busca una perfección que sabe que en realidad no existe.

Muy pocas veces la comprendo, aunque sus pensamientos, aquellos que yo solamente puedo oír, no son sus palabras.

Le apasiona eso que al común de la gente no: la política. Y se sorprende cada vez que la gente le dice que eso no le interesa, se enoja. Y, aunque le guste, nunca opina sobre partidos políticos para no generar disturbios.

Es complicada, no tiene perspectivas de futuro, excepto una. Quiere ser feliz, aunque pretende esperar lo que el destino le depara. Les voy a decir que en verdad ella es feliz, pero no lo sabe. Duda de su felicidad todos los días y busca siempre aquello que la hace infeliz.

Cree que aquel día que alguien la mire como espera, que alguien la describa tal cual como ella se describe a sí misma, cuando deje de querer pertenecer a ese mundo

de perfección inexistente y se pueda querer cómo es, ahí, en ese instante, va a ser feliz. Pero ya lo es, aunque no lo sepa.

No paro de observarla. Me observo a mí misma. Quiero encontrar esa felicidad y quiero que sea para siempre.

## **Caja sin tiempo**

Irina López

No tuve un objetivo claro, no soñé un hombre y quise verlo en mi realidad. No me soñé porque no sabía soñar, viví en tiempos miserables, si tuve algo parecido a un sueño o una utopía, lo tuve de grande, casi a mitad de mi vida.

Mi vida fue y es una construcción, pero primeramente no fue mía. Me casé sin saber porqué me casaba, los que me rodeaban sabían que me tenía que casar porque iba a tener un hijo; yo les hice caso, porque ellos sabían más que yo. Al menos sabían, y esa era mi certeza. Al fin y al cabo, no estaban tan errados, si de nada hay garantía de certeza.

Me podría haber equivocado, es cierto. Todas las decisiones pueden ser errores o no serlo. Cumplí mandatos sin necesidad de cumplirlos. Ahora, a la distancia, solo siento que cumplí el primer mandato, lo demás fue una suma de decisiones insólitas, pero tengo una gran ventaja, fueron mías.

No me proyecté, porque era imposible proyectar. Fui decidiendo sobre la marcha. Empecé a hacer lo que quise mucho después, así como decían, sin tener garantía de certezas. En medio de todas mis construcciones, guardé en algunas cajitas un par de lágrimas y por suerte nadie las ve.

A veces, cuando me aburro, abro las cajitas, las miro con lástima y no las puedo tirar, las lágrimas se quedan allí majestuosas. Al final tenían razón, cualquier cosa se puede guardar en una caja. Hoy, por ejemplo, guardé en una caja grande la suma de todas mis contradicciones, al menos las que estuve teniendo hasta ahora. Fue como guardar toda mi vida en un ataúd. Mi vida había sido eso: una suma de contradicciones guardadas en una caja.

Ojalá hubiera guardado el tiempo en una caja, el tiempo sin medida y sin relojes, para abrirlo y cambiar mi historia. Empezar de nuevo y que no tenga la necesidad de guardar nada en cajas, que mis lágrimas se depositen en las macetas, sin que las

flores se opongan y que las contradicciones se puedan guardar en los sombreros. Pero estaba equivocado, no todo se puede guardar en una caja, ni siquiera en un arca de cedro se puede guardar el tiempo.

## **Yanina**

Tomás Martins

Yanina tenía piernas largas, casi infinitas pero no lo son, terminan con una pollerita de estilo escocesa bastante cortita, creo, porque se le veía todo el culo ¡me encanta! Tiene rulos igual de largos que sus piernas, negros y brillosos, metálicos, me encanta. Tiene entre quince y diecisiete años, pero su actitud y labios pintados la disfrazan en alguien unos años mayor, en una Yanina, tiene cara de Yanina, siempre la pensé así. ¿Pero cómo sé que tiene entre quince y diecisiete? Fácil, antes de subirse al sarmiento saluda a sus amigas de colegio, todo un ejército de histeria adolescente con falda del tipo escocés, pero a ninguna se le marcaba el culo como a ella. Todas compartían la cara de orto y el plan OSDE de papá.

Siempre sube en Caballito y se baja en Ciudadela, salvo aquel martes de mayo que se quedó dormida y se bajó en Castelar. Desde ese día no se sentó más, para evitar dormirse creo yo.

— ¡Chau chicas! Me da paja saludarlas a todas. Beso.

—Chau, Lore. Nos vemos a la noche, zorrita, ¡no nos falles! -me gritó Cande sabiendo que yo no le iba a responder.

Una vez arriba y a simple vista no llegué a contar más de cinco almas dentro del vagón, y sí, nunca falta el flaco de colita con el bolsito de Sodimac, ni su mirada, que se hace notar; pero esta vez le di la espalda haciéndome la otra. Hoy está con más cara de orto que de costumbre, me encanta. Nunca noté su altura, uno sesenta y pico si no me equivoco, me gustan las petisas. Siento algo raro en ella, su fragancia de perfume free shop hoy no la atrapan, más bien, una terrible baranda a conurbano.

Siempre igual Candela creyendo en su “nos vemos a la noche” si sabe que el lunes nos toma el salame de química. Por otra parte me siento una forra por no estar para el cumple de Sara, creo que a veces me preocupo demasiado por el colegio perdiendo tiempo para mí y mis amigas.

Seguía sin poder descifrar ese seco aroma que penetraba a Yanina ¿Acaso fumaba la putita ésta? Me encantaban las minas que fuman, me seducía aún más. ¿Salir o no salir? Sí salía me olvidaba de levantar ese seis en química, pero sí no lo hacía, Sara me iba a matar, no es el primer cumpleaños que me perdía por el estudio. Igual, todos sabemos que hoy va a terminar siendo una noche de hidróxidos y óxidos básicos aunque a las chicas y a mí no nos guste.

El tren frenó en Flores y subieron cuatro personas al vagón. Un pibe (de veinte años como mucho) subió y nos informó que el tren evitaría frenar en Floresta, Villa Luro y Liniers por refacción de vías. Zafé porque bajo antes. El aroma que percibía en Yanina lo comencé a confundir con los demás olores en el vagón cuando entró más gente. Poco a poco acercaba mi mejilla a su espalda, hasta el punto de levantarme, todo para tener esa fragancia lo más cerca de mi nariz y así evitar que se pierda. Sin darme cuenta mis movimientos pasaron de ser sigilosos a bruscos y en un abrir y cerrar de ojos ya me encontraba parado detrás de Yanina, percibiendo el olor a pucho mentolado a lo largo de su pelo y parte de su cuello.

De repente un escalofrío recorrió toda zona de mi nuca, me sentí observada, me retracto, aún más que una simple observación, luego, una leve caricia en el pelo, que logró dejarme perpleja; giré la cabeza y encontré al hombre de colita parado a espaldas mías y agarrando con su mano derecha (de aspecto áspero) un mechón de pelo, el cual indagaba.

—¿Qué haces imbécil? - le grité mientras me alejaba de él. Me sentí expuesto, todos en el vagón me miraban sin entender la situación, mientras la pendeja y su fragancia a Marlboro se escapaban al vagón contiguo.

Me senté en el primer asiento que encontré, allí con suma impotencia empecé a llorar. El vagón se encontraba vacío por lo cual nadie iba a contemplar la denigrante situación. Con el maquillaje goteando, embarré la mochila que no podía dejar de abrazar, con más fuerza que nunca. Entre lágrimas logré advertir que el tren bajaba la velocidad y se acercaba a la estación de Ciudadela, por fuera del tren se podían apreciar los descampados adyacentes a la estación junto a las últimas luces del día.

Una vez que el tren paró, inicié mi descenso con rapidez, nadie me acompañaba, salvo mis auriculares. Al ritmo de Polly y la voz de Kurt, comencé a caminar hasta mi casa, doce cuadras, más de mil metros y muchos minutos. Los pasos cada vez



eran más rápidos, me desesperaba el hecho de que la noche me alcanzara. Comencé a visualizar todo mi entorno, no logré percibir vida alguna a mí alrededor, salvo aquella moto, que su solo sonido bastó para acelerar mis latidos. Todavía faltaban más de cinco cuadras pero ya tenía las llaves en la mano, las cuales apretaba con fuerza y me estaban saliendo callos; al igual que la colita de pelo que la estiraba entre el pulgar y el índice a más no poder. Nunca me había sentido así, me sentía perseguida, solo el hecho de pensar que mi inconsciente me estaba jugando una mala pasada me tranquilizaba, pero ese estado no duraba más que algunos segundos. Intuí que el ambiente conspiraba contra mi situación, oscurecía cada vez más rápido y el viento me empujaba hacia el camino de la estación; encima no podía sacarme de la cabeza la mano rugosa de ese tipo horrendo.

Ya la preocupación por salir había pasado a un segundo plano, ya no me importaba ni Sara ni Candela, y mucho menos el examen de química, lo único que me surgía en ese instante era llegar a casa, hacer tres cuadras más.

Al pasar por un descampado aceleré mi paso bruscamente, evitando interactuar con el espacio, en ese mismo instante, mi pelo sufrió un leve tirón, el cual percibí que era producto de un enredo con el alambrado que rodeaba al parque. Pero estaba equivocada. La agarré del pelo y con una piña en la cabeza logré tirarla al piso, pensé que iba a ofrecer resistencia, pero en el fondo tenía conciencia de que Yanina estaba de acuerdo con lo que iba a pasar. A sus rulos que tanto idolatré, los usé como cadenas para moverla al terreno baldío. Una vez allí no tenía nada que hacer, me encontraba vencida y encerrada, no podía moverme, todo intento de escapar lo veía inútil, me sentía muerta; totalmente perpleja me “entregué” a él.

Me puso boca abajo y rompió la pollera, me decía que no grite, como si tuviera fuerza alguna como para hablar. Acercó su boca a mi oído y me repetía con voz intimidante: “¿Te gusta, Yanina?”

## **El plato de la fortuna**

SelenaMartínez

Sabina fue madre de joven a sus 17 años. Quedó embarazada por accidente debido a que no sabía cómo cuidarse al momento de tener relaciones sexuales, ni por qué

tenía que hacerlo. El padre de sus hijas mellizas, que las llamó Juana y Pilar, era un hombre mayor de 37 años que se aprovechó de su inocencia y de su juventud.

Por esa causa, Sabina no pudo continuar sus estudios secundarios, los abandonó para tomar un trabajo de doce horas diarias que la consumía por completo. El hombre, Pablo, desapareció desde el primer momento, se borró sin dejar rastros, ya que no quería vincularse. Él tenía una familia conformada por su esposo y su hija.

Sabrina trabajaba de cocinera desde las 12:00 horas hasta las 24:00. Un jueves no llegó a tiempo al horario de entrada, se había demorado en su casa ya que Juana, su hija, se desplomó en llanto porque vio una rata en su cocina. Ambas acordaron ir juntas a comprar el veneno antes de que su madre se vaya a trabajar. Compraron y ella partió.

El día se encontraba tranquilo, se sirvieron pocos platos de comida, así que ella decidió ir a la barra junto a sus compañerxs. De pronto, notó un rostro conocido y familiar, pero no estaba segura, hasta que reconoció ese tatuaje, un particular tribal: era Pablo acompañado por su pareja.

Inmediatamente ella huyó a la cocina, no quería que la reconociera ya que habían pasado trece años desde la última vez que se vieron. Ahí se encontraba el padre de sus hijas, tan feliz, cómodo y natural como si nunca hubiese abandonado a una mujer embarazada de mellizas.

Ella debía actuar pero no sabía cómo, no podía salir a gritar cual demente, así que pensó hasta llegar al plan. Al llegar la moza con los pedidos de las únicas personas que estaban en el lugar, de forma brusca se dio vuelta y empezó a buscar el veneno para ratas: iba a envenenar un plato. No sabía cuál pertenecía a quién, y no podía envenenar los dos porque sino la hija de ellos se quedaría sola.

Al cabo de una hora, la ambulancia llegó. El esposo de Pablo convulsionaba, y él lloraba, pidiéndole por favor que no lo deje. Ella se enteró de esto el día después por una de sus compañeras, ya que, luego de entregar el plato se marchó, renunció y abandonó todo lo que conocía como propio para verdaderamente empezar de cero junto a sus hijas.

## **Conserjería para ser mejores**

Micaela Moreno

Luego de una prolongada noche corrigiendo exámenes, comenzó mi jornada matutina. El sueño y el reloj corriendo no me dejaron desayunar siquiera. Tampoco ayudó a mi estrés la falta de tiempo y la cantidad de hojas Rivadavia desaprobadas que archivé. Agarré mi maletín, me puse el guardapolvo e hice camino al ascensor.

Al entrar, me encontré con Mario, se iba a trabajar temprano a la Comisaría 5ta.

—Hola, bonita. Buen día - balbuceó.

Aunque siempre me dio bastante miedo, me sosegaba el pensar diferentes formas de asesinato cada vez que se me dirigía. Afortunadamente, no pasaron muchos segundos hasta que entró el del 7mo A.

—Lucrecia, pasame las reuniones de la mañana para la tarde, lo del lunes para el miércoles y lo del 25 para el 30—dijo, mientras se acomodaba el pelo frente al espejo tratando de enseñar su reloj dorado y pasaporte europeo.

El revoleo de ojos me llegó hasta la terraza. Las únicas interacciones que tuvo fueron con su teléfono, pero sirvieron para aplacar la tensión preexistente. “Todo un drama digno para el Maipo”, pensaba y eso que todavía no llegaba al meollo de la cuestión.

Dos pisos después de que se sumó Mariano, mi compañero, y dirigente del sindicato, el ascensor se detuvo. Entre que Mariano llamaba al conserje, Mario insultaba y el *Tincho* del 7mo nos daba órdenes, yo intentaba no desmayarme.

—Tranquila, compañera. Respirá hondo. Ya salimos-me decía Mariano.

—Lo único que me faltaba... Estar encerrado con estos choriplaneros-interrumpió el *Tincho*.

Yo solo estaba concentrada en seguir respirando y Mariano en recibir alguna señal del conserje.

—¡Vos viste esos desagradables! Yo no sé cómo siguen reproduciéndose—agregó Mario.

—¿Qué es esta clase de Juego del Miedo?! ¿Pueden al menos entregarse al silencio?!-salió de mí una especie de energía muy parecida a la muerte y la desesperación.

Mario y el del 7mo A seguían con el repertorio de Majul, parecía como si hubiesen encontrado un pasatiempo en medio de su interrumpido viaje.

Pasaron al menos tres horas y media. Gritos, empujones, llantos, carpetazos. Hasta que escuchamos una voz del otro lado: “vamos a volver a arreglar el ascensor y a mejorar la circulación”. No estábamos seguros de quién era pero sí de que era el momento de salir. El acero de la puerta estaba bastante encastrado, pero aún así, un par de manos logró separarlas. Era Alberto, el conserje del edificio, el salvador. Todos nos abalanzamos hacia la salida.

—¡¡Alberto!! ¡¡Muchas gracias!!-gritamos con Mariano. Casi lloramos.

Mario se quedó charlando un rato, mientras que el del 7mo alcanzó a pedirle a su salvador su tarjeta y sin más, voló. Siempre sorprendidos ante su indiferencia, pensamos en que al menos le quedará el nombre de quién lo rescató: “ÆWRTS Alberto Fernández Conserjería”. Guardamos la esperanza.

### **Crónica de un golpe anunciado**

Larisa Orellano

7, 6, 5, 4, 3... 3... 3... La pequeña pantalla del ascensor titilaba en ese número. Yo no sabía si empezar a gritar, llorar, mandar *whatsapp's* o matar a cada uno de los que tenía al lado, que, de hecho, me daban más miedo que ese número tres brillando sin parar en la pantalla.

Los miré de a uno. No dudé. Pensé en qué hecho fortuito o infortuito me había mandado a parar a ese ascensor, de ese edificio público, con esos tres personajes de cuyas profesiones estaba casi segura.

A mi izquierda: un policía. Era, de todos, el más obvio. Campera azul, broches por todos lados. Sentí miedo cuando le vi los borcegos pero un poco más aún cuando me detuve en el arma en su cintura. Con un tono seco, que no se esforzaba por suavizar, daba la orden de que nos comunicáramos con el teléfono de emergencias, que estaba colocado en un *sticker* sobre el tablero. Sí, lo ordenaba, pero él no lo hacía.

A mi derecha: el Alan Faena del grupo. Me preguntaba qué tipo de móvil demoníaco llevaba a una persona a usar zapatos de vestir sin medias y con chupines tan, tan cortos que casi parecían los “capri” que con orgullo paseaba en el verano del '98. Podía sentir dos cosas por él: dolor de pies y frío.

Adelante... dudaba. Parecía la mezcla perfecta entre el personaje número uno y el número dos. Hablaba, pero no tanto. Sugería que nos calmemos, pero estaba

nervioso. Vestía un traje azul que, a juzgar por las costuras perfectas de la espalda y la tela satinada, yo no podría pagar ni en mil vidas. Al menos tiene medias, pensé. Y yo, claro. Yo, *lazurdamuertadehambre* en el peor día de mi vida; ahí estaba. Lamenté no haberme sacado el guardapolvo y haberlo metido hecho un bollito en la cartera como todos los viernes; pero el frío (sí, ese que no sentía Alan Faena) pudo más, y así salí de la escuela rumbo al Banco Nación, embroncada como nunca por mi sueldo no depositado.

Pensaba en eso cuando el sujeto cuya profesión aun no descifraba, abrió la boca: —Tranquilos- dijo. -En cuanto agarre señal llamo a mi secretaria, soy el director. ¡Bingo! Ahí estábamos: el funcionario acomodado, el cana, el Alan Faena tercermundista y yo. Todos lo suficientemente nerviosos como para querer asesinar al más próximo y lo suficientemente cerca, el uno del otro, como para que eso suceda con facilidad.

Los minutos pasaban y los celulares y los pozos de ascensor no son buenos amigos. Nadie podía llamar ni a la gente del *sticker*, ni a la secretaria del señor con medias, ni a nadie.

Esto no puede estar pasando, pensé. Es mi oportunidad... ¿cómo arranco? ¿Les pregunto los nombres o les tiro sin preámbulos que a donde se llevaron la plata de la obra de refacción del edificio histórico del Banco Nación? Ese director, qué cara de tráfuga... ¿Les pregunto los nombres o directamente al grano, a quién votan en octubre? Hay que polemizar, andá a saber cuántas horas estamos acá adentro. ¿Qué opinan del acuerdo con el FMI, chicos? ¿Cortan boleta? Mirá que sos brava, María, ¿cómo se te ocurre preguntarles eso? Si, además, las respuestas son obvias. Habían pasado unos veinte minutos en los que sólo pensaba como hundirlos cuando de pronto, y creyendo que ya nada podía ser peor, alcanzo a escuchar de la boca del policía algo así como “qué va ser, las minitas son así *¿vistes?*”.

¿Qué dijo? Por pensar pavadas te perdiste la frase de la jornada, María.

—Disculpe, señor. ¿Qué dijo?-. Y por dentro, mientras me acomodaba la cartera y me agarraba fuerte al pañuelito verde, pensé que si lo repetía todo iba a estar perdido y tendría que decir todo lo que estaba pensando, o bien cachetazo y marchar presa apenas saliera del ascensor... *que no lo repita, que no lo repita...*

Y lo repitió.

## **La vida es ella**

Macarena Roselli

Algunos piensan que el acto del suicidio es un acto de valentía. No comparto. Al contrario, me considero un cagón por no haber podido enfrentar mi soledad. Lo difícil es hacerse cargo y afrontar los problemas que se nos presentan durante el transcurso de la vida.

No es de valiente darse por vencido; no es de valiente dejar *en banda* a los que te acompañaron siempre. El hecho de estar en esta terraza, decidido a saltar, no me hace más valiente que nadie. Me acelera el corazón mirar hacia abajo. Me deja sin aire imaginarme el impacto. No solo imaginarlo, también sentirlo en cada uno de mis huesos. Más fuerte es el impacto de su partida. Más dolorosa es una vida vacía. Prefiero este ahogo antes que el temblor y la transpiración fría que me hace sentir la soledad, el incierto, el imaginármela en otros brazos.

Imagino las noticias de mañana. Supongo también los comentarios de las personas al respecto: “Hay que tener huevos para saltar desde ahí”, “Pobre chico, que desesperado debía estar para tomar esa decisión”. Huevos podría haber tenido cuando esto tenía vuelta atrás. Estoy eligiendo el camino fácil. No le tengo miedo a la muerte, le tengo miedo a la vida. Le tengo miedo a la vida sin ella. Es la decisión de un instante, un salto, casi un impulso, contra miles de decisiones mal tomadas durante mucho tiempo.

No es la idea que se sienta culpable, tampoco creo que sea solo por ella. El hecho de sentir que mi vida terminó cuando ella me abandonó, refleja el poco valor que le encuentro a vivir. Solo pensar en ella, en este momento, habla de mi entrega completa a su ser. De mi falta de entusiasmo ante la vida. Era ella. Ella era la vida.

La muerte, para mí, es la solución. La vida (¿ella?), es el problema. La muerte es la vía fácil. La decepcionaría, siempre dijo que era un cobarde. La decepcionaría como lo hice durante toda la relación. Hasta mi último acto sería una desilusión para ella. “Sos un fiasco”.

No lo quiero. Si puedo modificar algo, que sea esto. Quiero bajarme, demostrarle que por lo menos puedo ser valiente en algún sentido.

## **La invasión**

Pablo Sarmiento

La primera vez que nos cruzamos, salió corriendo a los gritos como si fuera a hacerle algo. Yo lo único que quería era tomar un poco de sol, refugiarme del viento y descansar un poco, pero no; volvió con un pibe que se me vino encima con unos trapos que me tiró, me corrió por toda la oficina. Del monitor salté a la lámpara, de la lámpara al perchero, de ahí a los estantes, no sabía dónde esconderme porque no tenía por dónde salir.

En un momento, cuando ya mis fuerzas se estaban agotando, se apiadó de mí y me ofreció una salida, tal vez porque también se estaba cansando o porque no se había dado cuenta antes, pero abrió un poco la ventana y salí volando a toda velocidad.

Nunca entendió que estaba en mi territorio, que la que se tenía que ir era ella. Yo estaba desde mucho antes, mi familia estaba desde antes, desde mucho antes que empezaran a armar este edificio.

No entendió que podemos ser más pequeñas, pero somos más, y que somos más inteligente que ella y sus amigos, y que incluso podemos ser más fuertes. Decidí no molestarla por varios días, observarla, tomar nota de sus costumbres, sus horarios. Me di cuenta de que cada cinco días, no iba dos. Esa iba a ser la oportunidad para dar el golpe.

Volví con mis compañeras y les conté que íbamos a volver a andar tranquilas sin que nadie nos ataque. No se lo esperaba, llegó temprano como todos los días, seguramente ya nos escuchaba al subir la escalera, pero nunca se pudo imaginar qué era ese zumbido, ni mucho menos que ese iba a ser el sonido de nuestra victoria.

Cuando abrió la puerta se quedó dura, su cara de asco al ver su oficina cubierta por cientos, por miles de nosotras, se tapó los oídos porque el zumbido ya se le hizo insoportable y cuando nos vio levantar vuelo e irnos sobre ella, todas sincronizadas como si fuéramos un trapo gigante, salió corriendo a los gritos para nunca más volver.

### **Los gritos hacia adentro no se escuchan**

Ana Soricillo

La exigencia de su trabajo era principalmente llegar a horario, con buena presencia, que para una mujer siempre fue una demanda adicional. Es la ropa, el pelo y el peinado, el maquillaje -sin ojeras, sin arrugas-, el cuerpo -ni muy gorda, ni muy flaca- y la sonrisa.

Hasta ese momento no le había resultado difícil seguir con las consignas, pero en esa ocasión retomaba su rutina laboral después de su licencia por maternidad.

El pediatra ya le había dicho que “para ser buena madre” tenía que amamantar, y nadie quiere ser una mala madre, entonces lo hizo. Pero claro, su hijo no hacía caso al despertador, ella tenía que levantarse a las siete, pero Manuel se despertaba a las cinco a tomar la teta. Primero de una, después de otra. Cuando lo devolvió a su cuna eran las seis y se quedó despierta.

Entonces su día empezó luchando contra sus párpados, que le ardían en el deseo de cerrarse. Sentada, inmóvil en su cama mirando hacia el televisor sin ver nada en particular, esperó para levantarse sola.

Trató de pasar con éxito el desafío del espejo, luego, que el pantalón del uniforme le cerrara. Metiendo panza y aguantando la respiración, lo logró. Mientras esperaba a la niñera, la angustia le hizo un nudo en la garganta, fue a mirarlo dormir. Sonrió. Parecía un gusanito, “tan chiquito”, pensó. Cuarenta y cinco días no parecían ser un tiempo lógico para separarse.

Se hacía tarde. Escribió la nota para la niñera con los horarios de las tomas de la mamadera con la leche que se había extraído la noche anterior. Cuando ella llegó, intercambiaron saludos y rápidamente salió hacia la clínica, donde trabajaba como secretaria.

Ya sentada en su escritorio, un pensamiento cruzó por su mente, un mal recuerdo que le dio un chusco de frío. ¿Podría ser que con el paso del tiempo se hubiera olvidado? Cuando escuchó sus pasos por el pasillo, sabía que era él. El miedo la invadía, se quedó inmóvil, ni siquiera se dio vuelta cuando escuchó que la puerta se abría.

—Hola -le dijo mientras ella se hacía cada vez más chiquita en su silla.

Le hubiera gustado ser una gotita de agua, correr por la pata de la silla hacia el piso y evaporarse. Pero ella era como un líquido que se escurría entre los dedos de él, esos dedos de las manos que tocaron lo que nunca quiso ni tuvo opción de permitir.



Acarició por detrás sus hombros cerrando las manos hasta el cuello, subiendo hasta la cabeza, arremolinándole el pelo. El asco se transformaba en un calor sofocante. Le revolvía el estómago una asfixia silenciosa. Tuvo ganas de decirle, “vos sabés que esto no está bien, te sentís con el derecho de hacerlo y disfrutas de ese poder”. Pero sentía que no podía hablar. Era su jefe, necesitaba el trabajo y más ahora que era madre.

Una lágrima anónima corrió por su mejilla hasta la boca. El sabor salado la distrajo por un momento. Tendría que acostumbrarse a vivir con la actitud perversa.